miembros del Parlamento, creían que se podía disolver éste por medio de la fuerza, dar un golpe de Estado y restablecer la monarquía en su independencia. Con este objeto entraron en negociaciones con la corte, siendo principalmente la reina quien las llevaba. María Enriqueta se sentía herida como princesa y como católica por los procedimientos del Parlamento, y se había dirigido al Papa pare obtener de él recursos en dinero, y por su conducto recibir auxilios de Francia. También había tenido la idea de ir ella misma á Francia para conseguir su apoyo, pero Richelieu la había disuadido de hacerlo. Acogió, pues, con gran entusiasmo la idea de realizar una reacción por medio del ejército poniendo al rey en el secreto: el plan era que mientras las tropas marchasen hacia Londres se hiciera huir á Strafford de la Torre. El peligro para los puritanos era tanto mayor, cuanto que la corte poseía además otro medio para lograr su objeto. El temido ejército irlandés, compuesto en su mayoría de católicos y utilizable para cualquier acto de fuerza, era una amenaza constante, y entre los escoceses de importancia, algunos de los hombres que ocupaban altas posiciones se separaban de los del Covenant para aliarse con el rey.

Muchas de estas cosas se supieron por el rumor público; pero el complot de los oficiales fué descubierto por la traición de uno de los conjurados, el cual dió tales pormenores, que la comunicación de Pym causó gran sensación. Tuvo la habilidad de hacer ver que también se esperaba un ataque de Francia á las costas inglesas, á pesar de que el rey de Francia estaba muy lejos de querer prestar ayuda á su hermana, sobre todo por medio de las armas; así fué que contra esta princesa de creencias católicas y contra las personas que la rodeaban se dirigieron los mayores cargos. El sentimiento de la pasión puritana, mezclado con el temor y la rabia, pasó del Parlamento á la ciudad, y mientras en el primero se hacía una protesta «en favor de la Iglesia protestante, del rey, de los privilegios del Parlamento, de los derechos y de las libertades del pueblo,» la multitud daba expansión á sus sentimientos en Westminster con manifestaciones tumultuosas, presentándose cada día armada, lanzando gritos salvajes y exaltada por nuevas noticias pavorosas. Unas veces se decía que se quería atacar la Torre, y otras que se iba á hacer volar el Parlamento, recordando la conjuración de la pólvora. Muchos de los Lores que eran conocidos como adversarios del *Bill of attainder* no se atrevían á ocupar sus sitios, y por su parte los jefes de la Cámara baja procuraban trabajar el hierro mientras estaba caliente, y así mandaron su protesta á los Lores y la esparcieron por todo el país con el pretexto de que se firmara. De acuerdo con la Cámara alta se dieron órdenes para que se fortificara la bahía de Portsmouth y las islas de Guernsey y Jersey, y se llamaron á las armas las milicias de varios condados. Por último, se dió fuerza de ley al acuerdo revolucionario de que aquel Parlamento no podía ser disuelto, prorrogado, ni suspendidas sus sesiones sin su propio consentimiento, pues se comprendía que obrando de otro modo no sería posible convencer á los capitalistas de que prestasen el dinero que se necesitaba con toda premura para dominar

el descontento de las tropas del Norte, y comprar la retirada de las tropas escocesas.

Bajo la impresión de estos sucesos, fué aprobado en 8 de mayo por la Cámara alta el *Bill of attainder*, si bien sólo obtuvo una mayoría de siete votos, á pesar de que muchos Lores que habían asistido al debate contra su voluntad faltaron el día de la votación. Este bill fué presentado al rey junto con el que prohibía que él por sí solo pudiese disolver el Parlamento. El palacio se hallaba rodeado constantemente por la multitud, y el rey pasó con gran intranquilidad de espíritu el día siguiente al de la votación, pues aprobar el *Bill of attainder* era lo mismo que firmar la sentencia de muerte de Strafford, y rechazarlo era desencadenar una tempestad de un furor extraordinario. El rey tenía derecho de negar su aprobación, con tanto mayor motivo, cuanto que había dado su palabra de que Strafford no moriría; pero el miedo le hizo faltar á su palabra de honor, siendo ayudado en su cobardía por el mismo Strafford, que le escribió una carta nobilísima suplicándole que le sacrificara á su propia seguridad. De los obispos que fueron citados á Whitehall, sólo uno se atrevió á aconsejar al monarca que siguiera los avisos de su conciencia; pero el monarca se dejó convencer de que tenía dos conciencias, una como hombre privado y otra como jefe de Estado, y firmó el bill. Cuando Strafford recibió la noticia, parece que exclamó con el Salmista: «No os fiéis de los príncipes, son hijos de los hombres y no encontraréis en ellos la salud.» Aún hizo el rey una vana tentativa para salvar la vida del conde, enviando á la Cámara de los Lores, por conducto de su hijo el príncipe de Gales, un mensaje en el cual preguntaba si no sería mejor cambiar la pena de muerte por prisión perpetua; pero en el mismo mensaje al final añadía: «Si mi pueblo quiere su muerte, debo decir: *fiat justitia;*» y ponía como posdata: «Si es que debe morir, sería para él un gran favor que se le concediera un plazo hasta el sábado.» Strafford, por su parte, se ocupaba sólo de la suerte de los suyos, despidiéndose de ellos en cartas conmovedoras, encontrándose desde entonces preparado para la partida. El 12 de mayo se le condujo al sitio del suplicio, y á su paso por delante de la prisión de Laud, éste le dió la bendición, cayendo desmayado. El por su parte no desfalleció ni un solo momento; dirigió un corto discurso á los que estaban presentes; puso su cabeza en el tajo sin el menor temblor, y dió al verdugo la señal para que diera el golpe.

Hasta que se hubo deshecho de su principal enemigo no estuvo tranquilo el Parlamento. Se hizo que los escoceses regresaran á su patria y se dió orden para que se disolvieran los regimientos reales en Inglaterra é Irlanda. Atacóse entonces de nuevo con energía la constitución de la Iglesia, y si bien durante algún tiempo pareció que la Cámara de los Comunes iba á contentarse con privar al clero de que se mezclase en los asuntos públicos y sobre todo con quitar á los obispos sus asientos en la Cámara alta, cuando los Pares rechazaron el bill en que se proponían estas modfiicaciones, el partido radical de la Cámara baja tomó la iniciativa. Se presentó en los Comunes un bill para la completa abolición de

todos los cargos de arzobispos, y obispos, cancilleres y comisarios, deanes y cabildos, diáconos, prebendados, cantores y canónigos y otros empleados de la Iglesia anglicana; bill que después de violentos debates fué aprobado en sus principales cláusulas. De llevarse á la práctica estas decisiones cambiaba por completo el modo de ser de la Iglesia anglicana y se establecía la completa secularización de los bienes espirituales. Los partidarios del presbiterianismo podían con esto darse por muy bien servidos, pero los más celosos directores de este plan eran Cromwell, Haselrig, Vane, y éstos no repugnaban menos las violencias del presbiterianismo que las del sistema episcopal. Henry Vane especialmente habló con el calor de la juventud y del convencimiento contra la continuación del episcopado y de las instituciones enlazadas con él. El hijo del secretario de Estado había mostrado gran firmeza de carácter desde muy joven, pues para no sacrificar sus convicciones republicanas y á pesar de que se le habían hecho ofrecimientos muy brillantes, había abandonado á Inglaterra para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano. Desembarcó en Boston, y causó tal impresión entre los colonos del Massachussets, que en 1636 fué nombrado gobernador, y ocupando este lugar trató de establecer la tolerancia religiosa, aunque tuvo que luchar con gran resistencia. Rico en experiencia volvió á Inglaterra, resuelto, independiente é idealista exaltado, ante cuyos ojos se presentaba la brillante imagen de la independencia del Estado y de la Iglesia. «Los obispos, exclamaba, no sólo han atacado nuestros derechos espirituales, sino que han querido arrebatarnos la libertad política. Nos han querido sacar estos dos ojos, como los filisteos á Sansón, para que sirviéramos como esclavos en un molino. Dejadnos tomar venganza de estos filisteos. Estas plantas no han sido sembradas por la mano de Dios, sino que han nacido de la putrefacción y deben ser arrancadas.»

Si las ideas radicales de Vane y sus compañeros encontraban ya gran resistencia en los Comunes, no podía esperarse que triunfaran en los Lores, á lo menos mientras los obispos tuviesen voz y voto en la Cámara alta. Para ver si podían sacarlos de allí se presentó contra ellos una acusación por haber publicado los Cánones del año 1640, que tanta ira habían excitado; declarando que estas decisiones de la última Convocación eran ataques á las leyes fundamentales del Estado, y se pidió que se procediese jurídicamente contra sus autores. Entretanto John Pym en una conferencia con los Lores había presentado una serie de proposiciones que iban dirigidas á fortalecer el partido dominante en el Parlamento, siendo su objeto fundamental producir un cambio profundo en el personal del gobierno. Debía pedirse al rey que diese la dirección de los negocios, el mando de las milicias y la vigilancia de las costas á personas inteligentes que merecieran la confianza del Parlamento, y que alejara de la corte á las personas de creencias católicas. De toda esta serie de peticiones se desprendía una inmensa desconfianza hacia el rey y su esposa. Esta desconfianza tomó grande incremento cuando se oyó decir que el rey pensaba abandonar á Londres é irse

á Escocia, viaje tanto más amenazador cuanto que el ejército del Norte no estaba completamente licenciado. Pero Carlos I no se dejó disuadir de una resolución que había meditado mucho, y después de haber aprobado varios proyectos de ley, emprendió el 10 de agosto aquel viaje, al cual sirvió de pretexto la necesidad de arreglar los asuntos escoceses. Siguióle una comisión del Parlamento, en apariencia para defender los intereses de Inglaterra frente de los de Escocia, pero en realidad para espiar al rey paso á paso.

El Parlamento permaneció reunido todavía por algún tiempo; pero suspendió en seguida sus sesiones, porque la peste reinaba en Londres y su actividad se hallaba fatigada. La suspensión duró del 3 de septiembre al 30 de octubre, y durante el interregno parlamentario quedó nombrada una comisión permanente, con amplias facultades.

El primer acto de la historia del Parlamento largo había concluído. En el espacio de diez meses, no sólo había hecho expiar de un modo completo y sangriento los actos de arbitrariedad que se habían cometido, sino que había dado forma nueva á la Constitución inglesa. Las prerrogativas de la monarquía fueron anuladas una á una, convirtiéndose el Parlamento en el primer poder del Estado, asegurándose la facultad de fijar su duración, conmoviendo los cimientos de la Iglesia nacional, exigiendo que los empleos del Estado se diesen según su voluntad é intentando ya atacar el poder militar de la Corona. Carlos I había desempeñado un papel puramente pasivo desde que el afortunado descubrimiento de la temible tentativa de establecer una poderosa reacción había ayudado al Parlamento á vencer la fuerza de resistencia del rey. Pero éste, siguiendo su costumbre, consideraba su mala situación como pasajera y esperaba que podría reconquistar aún su antigua posición. Poseído de esta esperanza se dirigió á Escocia.